

## CAPÍTULO XXXII

# De las dotes gloriosas del cuerpo y de las aureolas

192.—Dios transforma tanto al cuerpo resucitado glorioso en el cielo y le enriquece con tantas maravillas y perfecciones tan colmadamente, que el hombre mortal no puede llegar a tener idea de ello mientras viva en la tierra.

Los hombres que nos han precedido en los siglos pasados no pudieron formarse idea de la perfección de los inventos actuales ni soñar llegarían hasta visitar y examinar la luna, como nosotros no nos la formamos de los inventos que se realicen en el futuro, y todos son naturales. ¿Cuáles serán las maravillas que obrará Dios en el cielo con las almas y los cuerpos gloriosos ya sobrenaturales?

Quien lo hace no es la inteligencia de un hombre que encuentra y aprovecha algunas de las leyes que Dios ha puesto en los elementos y en los seres.

Es Dios, el Criador de los seres y de las propiedades que les ha comunicado, el que obrará esas maravillas en el cielo con los bienaventurados. Son premios y perfecciones sobrenaturales, por encima de la naturaleza que conocemos. ¿Cómo será, Dios mío, lo sobrenatural si tanta es la grandeza y el misterio que hay en lo natural? ¿Cómo ha de poder hombre alguno saber cómo es lo sobrenatural cuando no conocemos ni los misterios secretos, ni las leyes de lo natural? ¿Qué prodigios obrará el infinito saber de Dios y su infinito poder cuando quiere desplegar su omnipotencia y su amor para premiar a sus amados los bienaventurados con sobreexcedente premio sobrenatural? ¿Qué no hará el Señor en la magnificencia de su amor infinito con el cuerpo glorioso?

La teología, para decirnos algo de lo que enseña la fe, pero sin entenderlo, sólo dando nombres y algunas nociones y dejando amplio horizonte para discurrir sobre la revelación, nos habla de unas perfecciones sobrenaturales, por lo mismo incomprensibles, con las cuales Dios prepara y fortalece el cuerpo para su unión gloriosa y permanente con el alma gloriosa; y preparado y fortalecido con esas perfecciones se haga apto y pueda recibir las maravillas que Dios mismo le comunicará. Sin esa preparación y sin la fortaleza que le dan esas sobrenaturales perfecciones no podría resistir los gozos y alegrías tan intensos que le comunicará, como no puede resistir

el filamento de la bombilla, sin fundirse, la corriente de alta tensión. Estas perfecciones se llaman *dots del cuerpo glorioso*<sup>1</sup>.

Estas *dots* o perfecciones son el embellecimiento sobrenatural y permanente que Dios da al cuerpo para vivir la vida gloriosa y establecerle en la felicidad eterna<sup>2</sup>. Son la participación de la bienaventuranza del alma y el alma comunica al cuerpo la redundancia de su dicha y le hace glorioso.

Cuatro son las *dots y perfecciones sobrenaturales* que Dios pone en el cuerpo glorioso: *Impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad*. Fortalecido, embellecido y transformado en glorioso con estas perfecciones, queda el cuerpo apto y totalmente sometido y obediente a la voluntad del alma en su ser, en su obrar y en su movimiento.

El cuerpo glorioso, unido con toda perfección al alma, que le comunica su gloria, está como espiritualizado a semejanza de ella en total armonía con el alma, ni opone resistencia ni dificultad alguna a su querer. El querer del alma es el obrar del cuerpo, y como no hay ya imposibles para el alma, tampoco los hay para el cuerpo. Está tan identificado con el alma, y en tan sobrenatural armonía y tan some-

1. *Salmaticenses. Cursus theologicus, Tractatus IX, disp. V.*

2. *Id., id. IX, disp. V, dub. II, prg. I, núm. 25.* Tratan muy extensa y profundamente sobre las dots del cuerpo, como trataron sobre las del alma y según los conocimientos físicos del siglo XVII, muy distintos de los actuales.

tido, que no hay obstáculo ni dificultad que no supere para cumplir el querer y la determinación del alma, como el alma está unida y hecha una con la voluntad y el querer de Dios.

193.—Con la dote o la perfección de la impasibilidad que recibe el cuerpo sólo pierde la sensibilidad para cuanto pudiera serle desagradable o doloroso. Queda inmune de todo dolor y quebranto; no puede recibir mal alguno ni cansancio ni le hacen efecto desagradable los elementos destructores, ni el frío, ni el calor, ni el fuego, ni el hierro ni los gases o microbios destructores. Queda inmune de todo mal. Ya no volverá a sufrir ninguna enfermedad ni heridas, ni debilidades o tropiezos físicos ni morales. Podrá vivir en el hielo y en el fuego, en el espacio sin oxígeno o en el núcleo de fuego del sol, sin afección desagradable ni perjudicial. Pero su sensibilidad para sentir el agrado y la delicia en todo lo bueno es perfeccionada con una delicadeza increíble.

La impasibilidad sobrenatural en todo le hace gustar el contento y el regalo. Siempre y en todo lugar está viviendo el paraíso de la delicia y de la gloria. Todo el cuerpo, todos los sentidos y miembros del bienaventurado han recibido una perfección y una sensibilidad para lo bueno, que están en perpetua delicia y en la exaltación del gozo. La perfección de los ojos y de los oídos es sobre la de todos

los telescopios y microscopios, sobre todas las emisoras y receptoras. No hablarán o se verán desde la tierra a la luna, como se ha conseguido en estos tiempos, sino se hablarán y se verán desde un confín del universo al otro confín. Se verán y comunicarán las almas mutuamente sus pensamientos y amores. Gustarán de armonías delicadísimas y bellezas inimaginables, y el olfato y el gusto, de fragancias nunca conocidas y exquisiteces como de cielo, que son como premios de Dios.

En el día feliz de la eternidad ya no hay noche, ni ocasos ni amaneceres. Ya no hay reponer fuerzas con alimentos ni con el descanso del sueño. Ya todo es día, y delicia y gozo. La actividad gloriosa, continua y variadísima es su descanso. El alma goza la felicidad continua de Dios; y del alma redunda al cuerpo cuanta sea la capacidad del cuerpo y cuanta sea la gloria del alma. Siempre vive en el gozo y en la satisfacción completa del deleitable regalo. ¡Cuerpo mío, para esto te ha criado Dios! Estas delicias inmortales te tiene preparadas en el cielo. Con ellas premiará tu virtud, tus sacrificios, tu amor. Serás feliz. Gozarás la felicidad.

194.—Dios comunica también al cuerpo bienaventurado la dote de la *sutileza*. No sé si decir que en la tierra es la que más nos maravilla. Con esta dote, el cuerpo bienaventurado puede penetrar en todo y por todo. Desaparecen los obstáculos y los



impedimentos de todo género. El cuerpo está en todo unido y obediente al alma: *en el ser, en el obrar y en el moverse*. El alma da vida o informa al cuerpo no imperfecta o incompletamente como ahora en la tierra, sino con toda perfección. Dios ha dado el poder al alma y el alma obra libérrimamente sobre su cuerpo dándole la vida y la hermosura perfecta y gloriosa, y gobernándole y moviéndole a su arbitrio por encima de todas las leyes naturales. Obra según la ley o voluntad sobrenatural.

Las cuatro dotes gloriosas se completan y hermanan. Por la *sutileza*, aunque el cuerpo no deja de ser material y palpable, recibe muchas perfecciones semejantes a las de los espíritus y perfecciona los sentidos naturales.

Por esta dote puede penetrar en los objetos y atravesarlos, mejor y más rápidamente que lo que ya nos enseña hoy la ciencia de los neutrones, átomos o moléculas especiales, que atraviesan la tierra con la velocidad de la luz, y la atravesarían aun cuando fuese un millón de veces mayor. ¿No hablan de los rayos que atraviesan en el espacio la nave sideral y produce sensación de luz aun con los ojos cerrados? Por la *sutileza* podrá penetrar en el núcleo de los astros y en el del sol con la mayor delicia, viéndolo y tocándolo todo no en dolor, sino en el amor más gozoso por la dote de la impasibilidad que vimos tiene. No sabemos cómo lo hará Dios, pero la teología nos dice que Dios lo hará.

Por la sutileza podrá el alma hacer su cuerpo invisible según su voluntad. Ya no será impedimento para la visión de la esencia de Dios, que tendrá permanente el alma, ni caerá en éxtasis con suspensión de sus sentidos. El éxtasis era producido por la flaqueza del cuerpo impotente para recibir tanta luz. En el cielo, el alma está en la continua visión de Dios y en el continuo uso y gozo de todos sus sentidos.

195.—La *agilidad* es otra de las cuatro dotes o perfecciones que Dios da al cuerpo glorioso y sobrenatural. Esta perfección está unida a la impasibilidad, a la sutileza y a la claridad. Consiste en la rapidez con que el cuerpo ejecuta los deseos y determinaciones del alma. Como para el espíritu no hay distancias y el cuerpo glorioso está tan sometido en todo al alma y transformado a semejanza de espíritu o, en muchas cosas, con propiedades de espíritu, porque Dios le ha sobrenaturalizado, tampoco hay distancias prácticamente para el cuerpo glorioso o como si no las hubiera. En todo ejecuta rapidísimamente los deseos del alma, y los ejecuta no solo sin cansancio ni esfuerzo, sino con grandísima alegría y descanso.

En el cielo no se necesitan ni automóviles, ni aeroplanos ni carreteras, ni habrá colisiones ni dificultades de tráfico. La voluntad quiere, y con la rapidez del pensamiento se traslada el cuerpo de un

lugar a otro, el más distante del universo, o de un confín a otro. La velocidad de la luz es como nada comparada con la del cuerpo glorioso. Ahora se habla con la luna y llega el sonido inmediatamente. Muchísimo más rápido que el de las ondas sonoras o visuales es la rapidez del cuerpo glorioso. Se trasladará de una estrella a otra, de una constelación a otra con una rapidez insospechada. Como yo levanto mi vista y miro a unas estrellas o a otras, a la Vía Láctea o a la constelación de Orión u otra nebulosa, se trasladará de modo insospechado e incomprensible el cuerpo. Ahora no podemos formar idea de ello. Y como posee la impasibilidad y la sutileza, estará presente donde quiera y cuando quiera, y verá y estará en los núcleos centrales de los astros ya muertos y de los soles vivos y brillantes. Estará presente en el fragor de la tormenta y del rayo y en las armonías de los bienaventurados, como la abeja que liba el néctar en el cáliz de la rosa, como el pajarillo que se balancea y canta entre la fronda. Estará glorioso y lleno de júbilo entre los otros bienaventurados en la nube de la atmósfera o en lo profundo y misterioso de los mares y de los volcanes; en la formación del granizo y de la nieve en la cima de los montes, o en el fulgor del sol; siempre glorioso y presente en Dios, siempre viéndolo todo en la visión gozosa de Dios, sin salir de Dios.

No sólo lo verá, sino que estará presente cuando quiera y conocerá sus causas y se alegrará y



bendecirá a Dios por sus maravillas con los demás bienaventurados. Todo le produce gozo y contento. Ya no existe el sueño ni tiene necesidad de alimentarse y descansar. Vive siempre en la actividad más gozosa y en la más exuberante alegría y delicia. Vive siempre en el gozo infinito de Dios y en la placentera y confiada compañía de todos los dichosos.

196.—Dios comunica al cuerpo glorioso y sobrenaturalizado la dote o perfección de la *claridad*, que le transforma y de tal manera le hermosea y llena de encanto y atracción, que transparenta la felicidad y alegría que goza el alma.

Santa Catalina, Santa Teresa, Santa María Magdalena de Pazzis, la Hermana Margarita, todos los santos que he leído tuvieron visiones de los bienaventurados y del cielo, hacen resaltar la claridad del cielo y de los bienaventurados que vieron y que sólo con ver eso bastaba para ser felices.

No es la claridad ni el brillo como esta luz que ven nuestros ojos. Lo llaman luz y claridad porque no encuentran otra palabra que se asemeje más a ese esplendor o hermosura que ven. Es claridad y luz sobrenatural. En las visiones, como en las almas, es espiritual, no tiene cuerpo, no es materia, es sobre toda materia. No la ven con los ojos del cuerpo, sino con el espíritu. La claridad del cuerpo y del cielo donde vivan los cuerpos sí es material, pero

sobrenatural y a modo de espiritual y casi espiritual. El bienaventurado vive en la claridad sobrenatural de Dios. No hay luz conocida que pueda asemejarse a esta claridad suavísima y esplendidísima al mismo tiempo.

Con la dote de la claridad, todo el cuerpo ha sido transformado en encanto, en belleza, en delicia. La dote de la claridad ha iluminado el cuerpo en la suavísima claridad del cielo y le ha hecho translúcido y totalmente hermosísimo y más diáfano que el cristal, con la hermosura proporcionada a la belleza y gloria que el alma tenga. El alma comunica la gloria al cuerpo y el cuerpo muestra la gloria y gozo del alma. Esa claridad permanente ya inadmisible no es deslumbrante como la luz que nos alumbra, ni hace sombra; como premio que es de Dios, excede todo pensamiento y es pura belleza, y delicia y fascinación. No brillará como el sol porque es suavísima claridad y diafanidad.

¡Oh soles suavísimos de purísima claridad que lucís en el esplendor del cielo! ¡Oh Jesucristo, Sol de todas las constelaciones fulgentísimas de los bienaventurados, que produce la claridad del cielo! ¿Cuándo me envolverás y harás diáfano a mí en esa tu divina diafanidad? Madre mía, Virgen Santísima que sobresales en claridad, hermosura y gloria sobre todos los demás dichosos del cielo, guíame y acompáñame hasta ponerme en esa dichosa constelación de los glorificados por Dios.

197.—En el cielo todo es dicha y felicidad para el bienaventurado en todo su ser. Todo es gozo y júbilo y alegría en su alma y en su cuerpo; en las potencias de su alma y en los sentidos y miembros de su cuerpo.

El alma, hecha gozo inefable de la infinita Verdad de Dios, ya no es susceptible de error ni de engaño. Es toda verdad y gozo de la verdad. Los miembros y sentidos del cuerpo son hermosísimos y perfectísimos. Todos los inventos humanos de visión y de audición no merecen ni nombrarse ante la claridad y agudeza de sus ojos y de sus oídos. Verán a distancias sin límites y verán los microbios y bacterias, los átomos y las moléculas en todos sus más complicados y mínimos detalles, y los verán y conocerán en su exterior y en el interior, como verán los astros más distantes con sus particularidades. Que si las distancias, como que desaparecerán ante la agilidad del cuerpo glorioso, también como que se acercarán y harán presentes los objetos o mundos más distanciados ante su clarísima y perfectísima vista. Y todo llegará en suave y regalada percepción a su oído. Todo lo verá y traspasará y presenciará con clarísimo conocimiento, delicia y dominio. Es Rey de la creación, y la conoce, y la domina y disfruta.

Juntamente con esta gloria y hermosura brillarán con luz más esplendorosa los otros premios especialísimos con que Dios galardona ciertas virtudes de determinados géneros, vividas heroicamente

por algunos santos; la teología las da el nombre de aureolas.

El premio de gozo y hermosura de la aureola es primera y principalmente para el alma, como ya queda expresado<sup>3</sup>; pero resalta también en la hermosura y gozo del cuerpo, pues se transparenta en él la gloria del alma. Admiraremos las especialísimas victorias de los santos que reciben premio de gloriosa distinción para siempre en sus cuerpos, y serán más glorificados y admirados por todos los bienaventurados porque lo son por Dios. ¡Qué admirables y hermosísimas y, al mismo tiempo, qué deleitosísimas veremos la claridad de los mártires y el destello de los doctores, y se oirá arrobadora la armonía de los vírgenes! ¡Qué contento será ver la especial gloria de la penitencia y de la humildad! ¡Cómo será alabada y premiada la vida ofrecida toda en escondido para Dios sólo, y la del apóstol que ganó a los hombres para el cielo!

Por el breve tiempo del sufrimiento de la vida terrena se estará viviendo recompensa tan destacada y hermosa para siempre en el cielo.

Ya desaparecieron todas las inclinaciones y aspiraciones desordenadas y todas las necesidades del cuerpo; ya no hay desgaste ni cansancio. Ya el cuerpo no necesita de alimento para reponer sus fuerzas, ni del descanso ni del sueño. Ya no hay

3. Véase cap. XXVIII, núm. 176.

zozobra ni desigualdad de humores o de días; ya no hay tristezas ni enfermedades o contratiempos. Todo es actividad placentera y deliciosa; todo es armonía y agrado individual y social o colectivo. Ya no hay pasiones o emociones perturbadoras ni que produzcan inquietud. Todo es gozo y contento. Todo mutuo alborozo y felicidad de júbilo. ¡Qué bien pagados se ven los que todo lo dejaron por Dios y qué contento reciben los que no escatimaron trabajos por el Señor!

San Agustín hacía esta delicada reflexión: *Preparaos para una cosa inefable y limpiad vuestro corazón de todos los afectos terrenos... Tenemos que llegar a cierta cosa, en cuya vista seremos bienaventurados y ella sola nos bastará. ¿Y qué? ¿No comeremos? Comeremos, y el mismo Dios será el manjar nuestro que nos alimente y no se consume*<sup>4</sup>.

198.—Lo veremos todo; lo conoceremos todo; lo gozaremos todo, con más intensidad el más santo, y todos nos comunicaremos nuestras alegrías y perfecciones en mutuo y glorioso amor y gozo.

¿Qué deleite no gozará el cuerpo en todos sus miembros y sentidos, ya preparado, apto y fortalecido y sobrenaturalizado para recibir toda la intensidad del gozo que Dios le dará? ¿Cómo hemos de poder tener ni siquiera noción de los deleites del

4. San Agustín: *Narración sobre el salmo 86, 3.*



cuerpo en el cielo, pues el cuerpo estará sobrenaturalizado y los deleites y complacencias son sobrenaturales y en el mismo Dios? La Hermana Margarita escribía: *Me dio a gustar sus delicias (del cielo)... Parecía toda mi alma identificada (con la Santísima Trinidad), transformada, divinizada. Me obligaba a decir gozando: «Señor, no puedo más o dadme más grande corazón»*<sup>5</sup>. Ya Dios se le ha dado en el cielo.

Todo el cuerpo interior y exteriormente redundará en insoñables deleites, ininterrumpidos gozos con la mayor variedad en el contento más exuberante, en total delicia.

Ningún mortal en la tierra puede figurarse la belleza, las delicias, la sabiduría, la claridad y la fruición de los cuerpos gloriosos. Dios abre las compuertas de su magnificencia y vuelca las cataratas de sus deleites para premiar a sus escogidos. El cielo es el sobrecolmado galardón de Dios. Premia al alma con la dicha sobrenatural de la visión beatífica; premia al cuerpo con las delicias, regalos y contenidos que llenan de felicidad en el más fascinador y deslumbrante orden.

No habrá nada en la creación que deje de conocer el alma bienaventurada. No habrá nada en la creación material que no pueda ver, presenciar y disfrutar el bienaventurado sin trabajo ninguno, con la

5. Hermana Margarita: *Manuscrito*, pág. 44.

mayor complacencia en la mayor alegría en compañía de los que como él son felices en Dios.

Nada habrá en lo intelectual o científico que no conozca y comente en armonía gozosa con los demás bienaventurados y hasta con los ángeles.

Pero no nos es posible conocer ni figurarnos la belleza, la dicha y el contento de los cuerpos gloriosos por mucho que soñemos. Santa Teresa, que conoció algo en sus visiones, decía: *Sólo digo que cuando otra cosa no hubiera para deleitar la vista en el cielo sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria en especial ver la humanidad de Jesucristo, Señor nuestro; aun acá, que se muestre Su Majestad conforme a lo que puede sufrir nuestra miseria. ¿Qué será adonde del todo se goza tal bien?*<sup>6</sup>. ¿Qué será verlos tan bellísimos y tan felices? ¿Cuál será la belleza de las almas y la alegría que producirá verlas? ¿Qué será gozar con ellos tanta felicidad, contento y hermosura? ¿Cuándo nos veremos viviendo en tanta delicia y tan encantador contento?

La venerable Ana de San Agustín escribía: *Vi aquella suma grandeza, poder y bondad de la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo... y su hermosura y belleza, resplandor y gloria suprema, así como que es de donde procede toda la de los bienaventurados*<sup>7</sup>.

6. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 28, 3.

7. Fray José de Santa Teresa: *Reforma del Carmen*, libro XVI, cap. XXXIII.

199.—La vida de los bienaventurados en el cielo no es inactiva y estática, no es de espera, ni pesada, ni hierática y ceremoniosa como podríamos imaginarnos por el culto que damos a Dios en la tierra o en el esplendor de los palacios reales. La vida del cielo es la más deliciosa y placentera y de mayor actividad; es la más gozosa delicia y contento en el conocer, en el ver y poseer, en el tratar y comunicar. Es la consecución y posesión del amor, de la hermosura infinita y del gozo supremo de la verdad. Es lo diametralmente opuesto a la monotonía. Siempre está en una maravillosa y jubilosa variedad y gozosísima actividad de conocer, amar y gozar.

¿Cómo se pueden comparar con tan sobrenaturales y continuas novedades las noticias, ni las comunicaciones teatrales, novelas y de televisión, ni cualquier otro espectáculo de la tierra? ¿Cómo intentar asemejar la pesadez y monotonía e insulsez de las distracciones y pasatiempos de este suelo con aquellas suavísimas y siempre renovadas bellezas y alegrías insoñables?

Todos los bienaventurados se ven, se conocen y se tratan íntimamente y tratan con todos los ángeles en íntima convivencia. Se conocen y se ven mutuamente los pensamientos que quieren comunicarse y sus amores y ven la intensidad de su amor y las mutuas alegrías. Se comunican sus gozos y delicias.

El lenguaje o el idioma del cielo es la comunicación directa de la idea o pensamiento envuelto en

amor glorioso. Es muy natural sea en el mayor silencio, pues ni los ángeles ni las almas tienen garganta ni oídos. No nos lo podemos figurar, pero es perfección mayor. Se comunican directamente la verdad, el pensamiento, el amor, la alegría, dirigiéndose la atención con la voluntad, viendo siempre la llamada. No hay posible error, ni equivocación, ni incompreensión, ni un mal entendido ni distracción. Siempre hay la claridad y la alegría perfecta. Santa Teresa nos dice: *Quiere el Señor... tenga este alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo... cómo allá sin hablar se entienden, lo que yo nunca supe cierto es así, hasta que el Señor, por su bondad, quiso que lo viese y me lo mostró en un arrobamiento*<sup>8</sup>.

Y la Hermana María Ángela decía: *Comprendo cómo en el cielo se hace todo a la vez; se ve a Dios, se adora, se ama, se ruega; viendo a Dios se piensa, es decir: se ven todas las cosas de la tierra. En el cielo no se habla... Se transmite todo lo que se quiere decir. Esta manera de comunicación no tiene semejanza alguna con lo que pasa en la tierra. ¡Todo es silencio! Lo que sobre todo me llamó la atención en este Infinito fue la sencillez y la pureza. Yo estaba espantada*<sup>9</sup>. *¡Ahora ya sé lo que es júbilo!* El mutuo y común júbilo de la radiante felicidad.

8. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 27, 10.

9. Hermana María Ángela: *Lirio y Hostia*, cap. 10, prf. I.

No hay que aprender lenguas para hablar en el cielo ni con los ángeles, ni con los bienaventurados de otras naciones o de otros astros. Se comunican y ven los pensamientos y amores con sólo la atención de la voluntad.

Las armonías y las fragancias y las dulzuras son espirituales, purísimas, sobrenaturales, sin defecto ni deficiencia alguna. Pero no impide que también los cuerpos gloriosos tengan armonías y fragancias y dulzuras corporales sobrenaturales, ni dejen de expresar con sus gargantas sus gozos y recreen sus oídos perfectísimos con melodías insospechadas. Y también podrán expresar sus ideas con sus labios y tener conversaciones sonoras, pero que no tienen comparación con la dulzura y regalo de las comunicaciones directas espirituales de sus ideas. Nunca dejan de prestar atención a la voluntad que a ellos se dirige o les reclama.

La vida del cielo es vivir la vida feliz de Dios, en Dios y con Dios. Y si se vive en Dios y con Dios su misma vida, se vive también la vida íntima de familia sobrenatural bienaventurada y feliz de unos con otros sin reservados ni secretos, sin niños impotentes ni ancianos decrepitos. Se vive todo el gozo de toda la verdad en la plenitud de la vida perfecta y del vigor.

La vida del cielo es el supremo gozo por la posesión y contemplación de Dios, Sumo Bien y Suma Hermosura, con sus infinitas perfecciones; y en la



visión de la esencia de Dios se recibe la visión y el conocimiento de todas las ciencias, de todos los seres y de todos los mundos creados y con perfecto dominio sobre ellos. Los bienaventurados se lo comunican en la exaltación de júbilo, dicha y armonía.

En el cielo, el bienaventurado lo ve y conoce todo en luz y conocimiento clarísimo y de alegría individual y colectiva. El cielo no es a semejanza de la piedad y culto religioso de la tierra en recogimiento, postulación y sacrificio reverencial. Es la exaltación del júbilo y del amor en abierto y comunicativo disfrute con Dios y con los ángeles; es saturación de todo gozo y delicia, de felicidad y dicha en el conocer y poder.

En el cielo nos veremos, nos conoceremos todos con todas las perfecciones que Dios nos ha comunicado en proporción de las obras buenas practicadas. Un gozo especial complementario redundará en el espíritu al ver los premios gloriosos con que Dios galardonó y hermoseó a los demás bienaventurados. Los bienes y las delicias de los demás serán también bienes y alegrías propias.

*Y nunca dejará de estar la alabanza a Dios en sus gargantas*<sup>10</sup>. No con voz esforzada y de cansancio, sino con la dulcísima armonía de indecible amor brotado de la admiración y del gozo del espíritu y también con el regalo del oído del cuerpo después de la resurrección.

10. Salmo 149, 6.

## CAPÍTULO XXXIII

### El cielo local

200.—Gloria es un conocimiento perfecto que produce gozo de alabanza.

San Pablo, hablando del cielo, sobrenaturaliza este mismo concepto diciendo: *La gloria es la vida eterna*<sup>1</sup>, vida perfecta sin deficiencia alguna ni en el alma ni en el cuerpo. Vida de conocimiento y de amor poseído. Es vida de gozo y contento total y para siempre en los bienes y en todo lo que nos rodea. Y alienta nuestra esperanza añadiendo: *Si nosotros hemos muerto con Cristo, creemos firmemente que viviremos también juntamente con Cristo*<sup>2</sup>. *La vida eterna es una gracia de Dios por Jesucristo*<sup>3</sup>. *En el cielo siempre estaremos con el Señor*<sup>4</sup>.

1. San Pablo: *A los Gálatas*, 6, 8.

2. Id.: *A los Romanos*, 6, 8.

3. Id., id., 6, 23.

4. Id.: *A los Tesalonicenses*, 4, 16.

Siento vehementes deseos de vivir ya glorioso en Dios con Cristo, que es el cielo verdadero o esencial. Cierto que me impresiona el paso de la muerte; pero repito lleno de fe con San Juan de la Cruz:

Oye, mi Dios, lo que te digo:  
que esta vida no la quiero<sup>5</sup>.

Quiero a Dios, quiero el cielo, la vida feliz del cielo. Dios me ha creado para la felicidad natural y sobrenatural, que es Él mismo. Esta vida es demasiado pesada; es carencia de vida y de bienestar. Es sufrimiento por ausencia de Dios e inseguridad de su gracia y de su amor. Deseo el cielo y quisiera entrar en él sin pagar el tributo de la muerte, porque no ven mis ojos sensibles lo que hay detrás de la muerte. No miro la muerte como el arco triunfal de entrada al paraíso y a la dicha. Ya sé que el cielo es para los buenos. ¡Qué delicia si viera que de aquí entraba directamente al cielo! Pero la muerte es paso forzoso para entrar. ¡Oh cielo, cómo te deseo y añoro!

¿Y dónde está el cielo? ¿Cómo es el cielo? Antes referí algunas descripciones que del cielo hicieron algunas almas a quienes Dios se lo mostró en visión y también otras imaginadas por algunos escritores. Eran visiones del cielo o eran imaginaciones, no

5. San Juan de la Cruz: *Poesías. Pena del alma por no ver a Dios*.

eran realidades del cielo<sup>6</sup>. Como nadie ha visto a Dios, tampoco ha visto nadie el cielo, y no nos pueden decir concretamente y con claridad cómo es, pues nadie puede detallar lo sobrenatural, y el cielo es sobrenatural, ni tiene comparación con nada ni le han visto.

San Pablo nos dice de sí mismo que fue arrebatado hasta el tercer cielo<sup>7</sup> y no le era posible expresar con palabras lo que vio ni aun comprenderlo.

El cielo es sobre todo ensueño y sobre cuanto el hombre puede naturalmente concebir y entender. El cielo es vida, gozo, poder y entender sobrenaturales dados por Dios. Nada de la naturaleza externa actual puede proporcionarnos semejanza o parecido con lo sobrenatural. Sólo Dios es por esencia el Ser sobrenatural y el que puede comunicar la sobrenaturalidad.

201.—Los escritores de los siglos pasados decían que había diez cielos, el último era el cielo Empíreo, y en ese cielo Empíreo estaban los bienaventurados y los ángeles. Santo Tomas define el cielo Empíreo como *un cuerpo alto, luminoso en acto y en potencia y por naturaleza incorruptible..., con el de los planetas podemos contar ocho cielos*<sup>8</sup>. Los admite por la auto-

6. Véase el cap. XII, XIVy XV.

7. San Pablo: *A los Corintios*, 12.

8. Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, I, 68, a. 4.

ridad de otros autores. Dante afirma los diez cielos y del Empíreo añade: *Este es el lugar de los espíritus bienaventurados, según lo afirma la santa Iglesia, que no puede decir mentira*<sup>9</sup>. Santo Tomás no tiene esa seguridad, pues dice: *Si existe el cielo Empíreo*<sup>10</sup>.

En *La Divina Comedia*, la fantasía de Dante va subiendo de cielo en cielo y cada cielo que sube ve y goza más bellezas y grandezas y más sublimidades.

El Padre José de Jesús María se complace en ir describiendo cada uno de los cielos por los cuales va pasando la Virgen el día de su Asunción hasta llegar al Empíreo y supremo<sup>11</sup>.

Hoy nadie admite esa variedad de cielos ni su nombre. Por los conocimientos físicos y astronómicos actuales vemos cuán lejos estaban de la verdad esos buenos y sabios escritores.

Con toda certeza he venido repitiendo lo primero que el cielo y la felicidad es Dios infinito y glorioso; el cielo es vivir la misma vida de Dios; conocer, poder y gozar el gozo de Dios, el poder de Dios y su conocimiento.

Dios es el gozo infinito por su misma esencia. El bienaventurado lo tiene por participación, porque Dios se lo da y es limitado como es limitada su capacidad. El cielo es no sólo estar con Dios, sino vivir en

9. Dante: *El Convite*, lib. II, cap. IV.

10. Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, I, q. 66, a. 3 al 1.

11. P. José de Jesús María: *Historia de la Vida y Excelencias de la Santísima Virgen María Nuestra Señora*, lib. V, capítulos XXII-XXIII.



Dios y vivir su misma vida y gloria, y Dios vive en el bienaventurado.

En el cielo, la convivencia con Dios es más íntima y de mayor unión que la que tienen mi pensamiento y mi amor con mi propia alma; estos pensamientos y amores están en mi alma, son míos y con la misma verdad y seguridad y al mismo tiempo en el mayor deleite y júbilo aseguraré: Dios es mío y es mi vida más que mi alma es la vida de mi cuerpo. Dios se me ha dado y se ha hecho mío y ha empapado toda mi alma y todo mi ser en Él mismo divinizándome. Mi alma está llena y saturada de Dios y de su dicha. Mi alma es Dios glorioso por participación de Dios y de su gloria. Por generosa y magnánima donación de Dios, la vida de Dios es y será mi vida.

El cielo esencial y la felicidad no es un local ni una cosa material. Un lugar, por muy hermoso que sea, aun cuando acumule todos los encantos, todas las riquezas y bellezas, y se posea y disfrute de todos los inventos y comodidades, aun cuando se oigan todas las armonías y se regale con todas las fragancias y cuanto se pueda soñar, no sería el cielo de la felicidad sobrenatural. Algo semejante a eso ya lo dijeron los escritores paganos. Ese cielo material podrá dar cierta felicidad natural, no puede dar la sobrenatural, para la cual nos ha criado Dios. El lugar es algo sensible, material, sin inteligencia, inferior al alma humana. Un pensamiento es espi-

ritual y vale más que todo lo material del mismo cielo.

El cielo glorioso y feliz es Dios, el mismo Dios. Convivir la misma vida de Dios y sus mismas perfecciones es la felicidad. Las almas no necesitan lugar para vivir y ser felices como no lo necesitan los ángeles. El espíritu no necesita lugar para vivir y ser feliz; necesita a Dios y está en Dios y es feliz en Dios.

Las almas bienaventuradas, como los ángeles, están en Dios y donde obran; pero siempre están en Dios y son felices viviendo gloriosamente en Dios y su misma dicha y delicia.

202.—Desde que los Apóstoles vieron subir a Jesús a los cielos, y ya antes, tenemos la idea de que el cielo está arriba, muy arriba, muy lejos. Dios es la felicidad y el cielo verdadero, pero ha creado un lugar de delicia para morada dichosa de los bienaventurados. El hombre tiene alma espiritual y el alma no necesita lugar, pero tiene también cuerpo y el cuerpo sí ocupa lugar y necesita lugar. El día en que Dios resucite los cuerpos y los haga gloriosos y les dé el premio y la felicidad, los cuerpos necesitan un lugar: es el cielo que llamo local, porque es el lugar de la delicia. El cielo esencial es Dios, pero los cuerpos serán felices con sus almas en un lugar. Ese lugar nos lo figuramos arriba. Le llamamos Cielo, Empíreo, Paraíso, Edén.

Ese lugar es de suma belleza y de suma delicia. No ha sido concebido por inteligencia criada, ni humana ni angélica. Ha sido Dios, la Sabiduría y el Poder de Dios quienes le han creado.

Dios ha preparado el cielo con tan suprema excelencia, con tan soberana hermosura y maravilloso encanto para premio de sus almas amadas, que le ofrecieron la vida y la dieron por su amor en el martirio cruento o en el prolongado martirio incruento de la penitencia y retiro y de la virtud. Y es también para premio del cuerpo y del alma de Jesucristo y de la Virgen Santísima. Es para premio sobrenatural y creación sobrenatural tan maravillosa y primorosa y de tan delicada ilusión que ni los mismos ángeles podían pensar tanto primor y ornato. Es obra de sólo Dios. ¿Qué será el cielo para no poder ni los ángeles mismos idear tan deliciosa belleza?

Nos asemejamos nosotros a los niños que juegan con tierra y barro cuando pensamos que habrá jardines, y palacios y bellezas humanas, y no sabemos subir más. Y ciertamente que los hay. Después de una visión decía San Diego de Alcalá: «¡Oh qué bellas flores hay en el paraíso!»<sup>12</sup>. Santa Dorotea prometió enviar flores del cielo a un joven pagano que se burlaba de su fe, cuando iba al martirio y al recibir tan hermosas flores y frutos no esperados, se convirtió el joven. Y celestial era la fragancia que

12. Juan Croisset: *Año Cristiano*, 13, XI.

envolvía a Santa Cecilia y a su esposo Valeriano, y San Tiburcio se convirtió al aspirarla. Habrá jardines no cuidados por muy técnicos jardineros, sino por el mismo Dios, y jardines sobrenaturales que encierran la belleza natural y la sobrenatural. ¿Y para qué se quieren los palacios, y los caballos, y las casas y demás inventos, si no se necesitan y son un verdadero atraso? Como los niños, pensamos sólo en tierra para jugar. ¿Qué será el cielo que sólo Dios ha podido crear y concebir? ¿Cómo será el lugar tan superior a toda concepción y a toda fantasía? Dios ha tenido la complacencia de crearlo, y, como dice Fray Luis de Granada, *el fin para que Dios edificó y preparó ese lugar es para manifestación de su gloria... y también para honra y gloria de sus escogidos... ¿Qué tal será la obra? ... Porque aunque todas las obras haya criado este Señor para su gloria..., pero éste es señaladamente... para este fin, porque en ella singularmente resplandece la grandeza y magnificencia de Él... Si la omnipotencia de este Señor es tan grande, y la gloria de su santo nombre tan grande, y el amor de ella tan grande, ¿cuál será la casa, la fiesta y el convite que tendrá preparado para este fin? ... ¿Qué tal será la obra... donde concurren la Omnipotencia del Padre, la Sabiduría del Hijo y la Bondad del Espíritu Santo; donde la Bondad quiere, la Sabiduría ordena y la Omnipotencia puede todo aquello que quiere la infinita Bondad y ordena el infinito Saber?*<sup>13</sup>.

13. Fray Luis de Granada: *Guía de Pecadores*, lib. I, pt. I, cap. 9.

Dios ha creado y preparado el cielo y lo ha embellecido y enriquecido al mismo tiempo que para hacer demostración de su magnificencia y poder ante sus escogidos, para que fuera la morada permanente de premio y de dicha y el palacio glorioso de Jesucristo, donde reina con todos los bienaventurados. Porque Jesucristo vive y vivirá glorioso en este cielo local o en este lugar del cielo, su palacio de gloria. Su cuerpo y su alma tienen y viven la felicidad en Dios y en este lugar del cielo; y con Jesucristo la tiene la Virgen bendita y con ellos la tienen y viven llenos de gloria los bienaventurados.

Para honrar a Jesucristo y colmarle de gloria creó Dios y adornó sobremanera este cielo con toda la magnificencia natural y sobrenatural y con Jesucristo vive, recibe y goza el premio la Virgen y viven y son coronados todos los escogidos. ¿Cómo será este cielo y cómo su magnificencia? ¿Dónde está el cielo local?

203.—Existe ese lugar de felicidad y de dicha donde Dios ha acumulado todos los bienes no sólo naturales, sino sobrenaturales, bienes tan insospechados y en tanta abundancia que pudiéramos decir, en frase exagerada, que Dios agotó su poder y saber. Dios no se agota nunca. Nos figuramos que ese cielo está arriba, muy arriba. Así parecen indicarlo los hechos sobrenaturales.



Mirando y admirando los discípulos a Jesucristo, subió delante de ellos el día de su Ascensión, hacia arriba, por encima de las nubes. *Y estando atentos a mirar cómo iba subiéndose al cielo... dos personajes que aparecieron les dijeron... Este Jesús... se ha subido al cielo*<sup>14</sup>.

Cuando San Esteban Protomártir, ya condenado a ser apedreado, habló a los judíos de la divinidad de Jesús, *fijando los ojos en el cielo vio la gloria de Dios y a Jesús... y dijo: Estoy viendo ahora los cielos abiertos*<sup>15</sup>.

San Antonio Abad vio cómo nada más expirar San Pablo el Ermitaño subía al cielo, lleno de resplandor, rodeado de ángeles, apóstoles y profetas<sup>16</sup>.

Cuando martirizaron a San Fructuoso y a sus diáconos, cuantos presenciaban el martirio vieron que sus almas subían al cielo guiadas de ángeles<sup>17</sup>.

Santa Seniorina vio que nada más morir San Rosendo subía su alma al cielo acompañada de ángeles<sup>18</sup>.

San Benito vio que el alma de su hermana Santa Escolástica, entraba en figura de paloma en lo secreto del cielo nada más morir<sup>19</sup>. Y más tarde vieron dos religiosos que el alma del mismo San Benito subía al

14. *Hechos de los Apóstoles*, 1, 10-11.

15. *Id.*, *id.*, 7, 55.

16. *Brerario 15 de enero y los Años Cristianos*.

17. Isabel Flores de Lemus: *Año Cristiano Ibero Americano*, 21, I.

18. *Id.*, *id.*, 1, III.

19. *Breviario*, 10, II.

cielo resplandeciente y adornada de hermosísima capa y de luces, mientras un hombre de muy venerable figura les decía: *Este es el camino por donde subió al cielo Benito, el Amado de Dios*<sup>20</sup>.

Al llegar la hora de la muerte vio San Silvino una multitud de ángeles que venían a invitarle para que fuese a tomar posesión de la gloria y decía: *Mirad a los santos ángeles que se nos acercan invitándonos a que los sigamos*<sup>21</sup>.

Cuantos presenciaron el martirio de Santa Eulalia en Barcelona vieron que, al expirar, de su boca salía una paloma con dirección al cielo<sup>22</sup>.

Santa Teresa de Jesús escribe que cuando se dijo la primera misa en la fundación de Valladolid, don Bernardino de Mendoza la agradeció cuanto había hecho para que saliese del purgatorio y fuese al cielo<sup>23</sup>.

Con encantadora sencillez narra la Beata Ana de San Bartolomé que *siendo niña levanté los ojos... y parecióme veía el cielo abierto*<sup>24</sup>. Y acompañando a Santa Teresa a la hora de morir, *se me mostró con toda majestad y compañía de bienaventurados sobre los pies de la cama, que venían por su alma*<sup>25</sup>. Y varios años

20. *Breviario*, 21, III.

21. Juan Croisset: *Año Cristiano*, 17, II.

22. Isabel Flores de Lemus, 12, II.

23. Santa Teresa: *Fundaciones*, 10, 5.

24. Beata Ana de San Bartolomé: *Autobiografía*, 1.

25. *Id.*, id., 9.

después de muerta Santa Teresa, vio que la santa llevaba de la mano al cielo a su sobrina Teresa cuando murió<sup>26</sup>.

Siendo niña de nueve años la que había de ser Hermana Manuela del Sagrado Corazón, terminada la oración que estaba haciendo en la iglesia, dijo al entrar en casa: *Papá, tío Antonio ya ha muerto; ahora acaba de entrar en el cielo conducido por ángeles. Yo lo he visto*<sup>27</sup>. Ni ella sabía, ni en su casa habían recibido aún la noticia de su muerte. Más tarde la supieron y murió en aquella misma hora. Era un sacerdote muy fervoroso.

204.—Un tomo muy abultado y muy ameno se pudiera escribir con solas las principales revelaciones que Dios ha hecho a algunos de sus santos o almas santas mostrándoles el cielo o las almas que subían al cielo. Todas ellas muy consoladoras y animan para entregarse decididamente a la vida espiritual. Sólo otras poquísimas quiero transcribir, ya muy conocidas y muy autorizadas.

Santa Teresa de Jesús escribe de un cuñado suyo, que murió: *Estuvo muy poco tiempo en el purgatorio; serían a no me parece ocho días cuando, acabando de comulgar, me apareció el Señor y quiso que le viese cómo le llevaban a la gloria*<sup>28</sup>.

26. Id., id.

27. P. Dámaso de la Presentación: *Año Cristiano Carmelitano*, 1, VII,

28. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 34, 20.

La misma santa narra no sólo que vio a San Pedro de Alcántara con mucha gloria en el cielo, sino que vio salir a un provincial de su Orden como del profundo de la tierra e ir al cielo con muchísima alegría. Aunque era viejo, representaba como treinta años y grande resplandor en el rostro<sup>29</sup>. Y vio que dos religiosas de su convento a poco de morir salían del mismo lugar y se iban al cielo<sup>30</sup>. A otro religioso, jesuita, vile subir al cielo con mucha gloria acompañado de Nuestro Señor<sup>31</sup>, y a otro religioso de su Orden vio ir al cielo sin entrar en el purgatorio<sup>32</sup>.

Transcribo, como última de estas visiones la que tuvieron los religiosos venerables Fray Julián de San Agustín, franciscano, y Francisco del Niño Jesús y Padre Francisco Indigno, carmelitas, sobre Felipe II. Les mostró Dios cómo salía del purgatorio y entraba en la gloria con muy grande triunfo de santos. Entre los que le acompañaban conocieron a San Lorenzo, a San Luis, rey de Francia, y a Santa Teresa. Delante del acompañamiento glorioso iba un santo, al parecer de grande dignidad, aunque no le conocieron<sup>33</sup>.

29. Id., id.: *Vida*, 38, 26.

30. Id., id.: *Vida*, 38, 28.

31. Id., id.: *Vida*, 38, 30.

32. Id., id.: *Vida*, 30, 31.

33. P. fray José de Santa Teresa: *Reforma de los Carmelitas Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*, lib. X, cap. XVIII, núm. 21.

De las visiones mencionadas se forma la idea de que el cielo es un lugar material, glorioso, sobrenatural, indescriptible por su magnificencia, y en ese lugar de dicha están viviendo los bienaventurados. Ese lugar está arriba o dan a entender que está arriba.

Cuando la vidente de Fátima, Hermana Lucía, que aún vive, escribió mandada por el señor Obispo la aparición de la Virgen en 1917, dice: *Acto seguido comenzó a elevarse (la Virgen), subiendo en dirección a Levante hasta desaparecer en la inmensidad del espacio. La luz que la circundaba parecía abrirle el camino a través de los astros, motivo por el que algunas veces decíamos que vimos abrirse los cielos*<sup>34</sup>.

Es la misma idea expresada por la Beata Ana de San Bartolomé: *Aparecióseme el Señor en la humanidad y en su gloria, y había una claridad tan grande desde el cielo adonde estaba, hasta mí, como si estuviera cerca*<sup>35</sup>. Y Santa María Magdalena de Pazzis hablaba en éxtasis con una que había sido novicia suya diciéndola: *Ya no vas con la cabeza baja como cuando estabas aquí abajo con nosotras, sino que vas llena de gloria por todos los coros celestiales*<sup>36</sup>.

34. Relato de la hermana Lucía para el señor Obispo y por su mandato.

35. Beata Ana de San Bartolomé: *Autobiografía*, 18.

36. Santa María Magdalena de Pazzis, por una monja del monasterio de la santa, cap. XXIV.



Ninguna de estas revelaciones es de fe, ni lo son las palabras que dicen. Pero son de personas santas y muy dignas de respeto. Siempre se hace referencia al cielo local, y lo ven como claridad y hermosura y que está arriba. Dios se lo mostraba a almas santas y místicas, muchas más mujeres que hombres.

Muy pocas dicen sea el cielo una ciudad con palacios y calles ni jardines a semejanza de las ciudades de la tierra. El cielo es un lugar glorioso, sobrenatural, especialísimo, creado por Dios para premiar a sus bienaventurados.

El cielo esencial, la felicidad total es solamente Dios, la visión de Dios, el vivir la vida y las perfecciones de Dios. Ni es necesario un lugar para vivir la felicidad y la dicha. Se vive en Dios. Pero Dios ha creado para morada permanente y dichosa de los bienaventurados, un lugar material, sobrenatural, lleno de tantos bienes y de tanta acumulación y variedad de perfecciones, y de tanta hermosura, magnificencia, esplendor y armonía como no es posible soñemos. Dios, como que ha volcado su magnificencia, su poder y la bondad de su voluntad para premiar y obsequiar en este lugar sobrenatural, pero material, para que vivan en la exaltación de gozar en perpetua alegría y dicha sus escogidos. El cielo es la obra suprema de Dios en la creación material.

## CAPÍTULO XXXIV

### Dónde está el cielo

205.—Vuelvo a repetir la pregunta que me vengo haciendo y seguramente la haces tú también: ¿Dónde está ese lugar del cielo? ¿Qué es el cielo local? ¿Cómo es el cielo? ¿Cómo me formaré yo idea del cielo? Deseas saber la explicación como la deseo yo. Pidamos al Señor nos enseñe.

Ya San Agustín decía a sus oyentes: *Desearíais saber dónde se halla la estancia tranquila donde se ve a Dios cara a cara. Es Dios mismo quien será después de esta vida el lugar de nuestras almas*<sup>1</sup>. Las almas están en Dios.

Antes<sup>2</sup> nos dijo que nos preparásemos a gozar otro gozo que no se parece en nada a este gozo de la tierra; que nuestra morada eterna será la alegría; que Dios nos esconderá en su rostro, donde habitaremos

1. San Agustín: *Narración del salmo 30*.

2. Véase el cap. XIII, núms. 69, 70.

y seremos habitados y que Dios mismo será nuestro lugar en la gloria. Lo demás lo tengamos por nada, porque hasta la mayor magnificencia y belleza criada es nada comparada con Dios infinito y con la gloriosa visión de la esencia de Dios. Esto infinito es la felicidad.

Pero a nosotros nos impresiona y afecta lo material y el gozar de los sentidos y del cuerpo. La imaginación quisiera representarlo en una imagen detallada y viva. ¿No admitirá San Agustín el cielo local? ¿No atenderá al lugar material, morada dichosa de los bienaventurados? Lo admite y piensa en esa hermosura y lo admira cuando dice: *No penséis que el gozo de los ángeles consiste en que ven el cielo y la tierra sino porque ven al que crió el cielo y la tierra. Allí habrá cierta luz de la cual destila no sé qué cosa que ahora entendemos y nos alegra*<sup>3</sup>. Existe ese lugar de dicha que llamamos Cielo, Empíreo o Paraíso. Dios lo creó. Verle y vivir en él produce la total satisfacción y alegría. Es la gran maravilla corpórea o material creada por Dios. Es el felicísimo Edén del cielo. Es vivir la vida misma de Dios en ese lugar. El cielo es el lugar de la alegría y del contento.

Con acertada expresión decía San Gregorio Nacianceno: *El cielo es la estancia de la belleza... El cielo será una fiesta perpetua.*

3. San Agustín: Sermón 4, núm. 3.

*La historia de Barlaam y Josafat narra que en un sueño vio el cielo y hace resaltar la lozanía y primores del Paraíso terrenal y bellezas y contenidos buenos, pero como de tierra, y oí una voz que me decía: este es el lugar del descanso de los que vivieron bien. Esta es la delicia con que Dios galardona a los que le agrada-ron con sus virtudes<sup>4</sup>. Aquí está y se vive la felicidad.*

206.—Existe un lugar de maravilla, inimaginable, creado por Dios para morada perpetua de los bienaventurados. Las almas no lo necesitan porque son espirituales y el espíritu no necesita lugar para existir, aunque estén también en el cielo local como puedan estar los ángeles. Ya en otro lugar me preguntaba: *¿Dónde están ahora las almas gloriosas de los que murieron en gracia de Dios? El alma, espiritual, no necesita lugar para existir o estar. Está donde actúa. Las almas gloriosas están en Dios, no sé cómo, pero están en Dios y en sí mismas<sup>5</sup> y donde actúan.*

*Existe un lugar corpóreo —dice Santo Tomás— que será la morada de los bienaventurados, no porque sea necesario para la beatitud, sino por cierta conveniencia o decoro<sup>6</sup>. Ese lugar lo imaginamos arriba, como queda dicho.*

4. San Juan Damasceno: *De Barlaam et Josaphat Historia*, cap. XXX.

5. Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí*, XIII, núm. 214.

6. Santo Tomás: *Suma Teológica*, I, II, q. 4, a. 7 al 3.

Ese lugar de maravilla natural y de maravilla sobrenatural no necesita casas ni caminos. Ni las almas ni los cuerpos de los bienaventurados los necesitan para vivir o para comunicarse. ¿Cómo será? El artífice o soberano que lo ha fabricado es Dios, sólo Dios; y lo ha fabricado para mostrar su omnipotencia sobre la materia y para honrar a sus amados bienaventurados con esplendidez gloriosa y para que vivan siempre felices.

Si tantas maravillas hay en la tierra y en los astros, si es tan inmenso el universo y el espacio y la magnitud de las galaxias y astros, ¿qué maravillas y grandezas no habrá desplegado Dios en su obra del cielo? Si son tan admirables las obras materiales naturales, ¿cómo serán las sobrenaturales? Toda la grandeza y maravilla natural de todo el universo es como juguete de niños comparada con la obra sobrenatural del cielo, ni podemos en manera alguna figurárnosla.

De Dios no es posible formarse idea unívoca hasta que le veamos. Todos los conocimientos son por analogía, no se parecen a Dios. Dios es sobre todo y de otra naturaleza; es el Ser sobrenatural por esencia y da la sobrenaturalidad a los demás. De semejante modo tampoco podemos formarnos idea aproximada del cielo; es sobrenatural. En él están todos los bienes de la tierra de otro modo más perfecto y otros muchísimos bienes que no conocemos en esta vida. Son bienes del cielo, sobrenaturales, de



otra naturaleza muy superior, mucho más bella y deliciosa.

Se llama al cielo morada de los bienaventurados, no porque el cielo sea un recinto cerrado, o una ciudad, o una región, o una estrella donde vivan circunscritos y limitados, sino porque viven la libertad de la dicha y felicidad en Dios, y viviendo la vida y gozo de Dios pueden estar presentes en toda la creación y toda la creación es ya para su uso y para su dominio y goce presente, actual y futuro. Toda es morada y propiedad suya, convertida en delicia.

Pero Dios ha creado un lugar superior a cuanto puede pensar o soñar el hombre. Los bienes y las maravillosas bellezas, comodidades o comunicaciones naturales que conocemos y han de conocer los siglos futuros en la tierra son como nada ante los bienes sobrenaturales del cielo. El cielo es la maravilla de las maravillas materiales que Dios ha hecho y como el paso de lo material sobrenatural a lo espiritual sobrenatural.

En el cielo se tienen todas las dulzuras y gustos y se sienten todas las armonías y fragancias. Pero en el cielo ya no hay que alimentarse ni descansar, porque no hay desgaste, ni cansancio, ni perturban los ruidos, ni las disonancias, ni los negocios. En el cielo reina el amor más grande, entrañable y confiado. En el cielo todo es purísimo, gozosísimo, íntimo, sobrenatural; es unión y compenetración de amor, de entendimientos, de voluntades, de almas. Todos son

unos en el triunfal amor de Dios. El cielo es la fiesta perpetua.

El cielo no es la tierra, no son los astros. El cielo no son palacios elegantes ni edificios magníficos. El bienaventurado no los necesita ya ni para cobijarse, ni para descansar, ni para preparar los alimentos o recibir sus amistades, o tener recepciones. El cielo no es ciudades con magníficas calles o plazas; no es casas ni campos con carreteras para correr o pasear los coches, que ya no se necesitan. El cielo no es fuentes o ríos, montañas o riberas, jardines o palacios. El cielo encierra todo eso perfectísimo y es más noble y vaporoso, sobre todo engrandecimiento de todo lo bello y levantado, sobre todo lo florido y ameno, sobre todo lo que alegra y recrea. Es superior y encierra todas las hermosuras y todos los encantos y delicias. Con San Agustín, repito: *Dispongámonos para otro gozo. No nos preparemos para gozar allí cosas semejantes a las que ahora nos alegran*<sup>7</sup>. ¿Cómo se podrá imaginar el cielo, si es inimaginable?

Santa Teresa escribe de los gozos que tuvo en visión, que ni todos los regalos del mundo, aunque se pudiesen gozar juntos y para siempre, pueden compararse con un momento de este regalo de Dios. Son todos como basura<sup>8</sup>. ¿Qué serán el cielo y sus

7. San Agustín: *Sermón* 4, 34.

8. Santa Teresa de Jesús: *Meditaciones sobre el Cantar de los Cantares*, 4, 5. También en *Vida y en Relaciones*.

gozos? Sueña, alma mía, sueña grandezas, y bellezas, y gustos; pero tus sueños son de bellezas, de gustos, de saber o de conocimientos de tierra. El cielo es bellezas, gustos y sabiduría de Dios; es armonías y vida sobrenatural e insoñable.

207.—El cielo local es *cielos nuevos y tierra nueva*<sup>9</sup>. El lugar del cielo no es un recinto amurallado o cercado ni está empedrado con margaritas y piedras preciosas; no es un jardín ni una amenísima región ilimitada. El cielo local es un lugar material que encierra todo eso, pero sin comparación, superior a todo eso. El cielo local está en la luz o claridad material sobrenatural. Los bienaventurados están en la luz, viven en la claridad y son claridad. En la luz o en la claridad lo tienen todo, lo ven y lo gozan todo. No es una luz deslumbrante a los sentidos como la que viene del sol o de los astros. Es otra claridad y otra luz incomparablemente superior y suavísima. Es la luz sobrenatural del cielo. El cielo es todo claridad sutilísima, suavísima, sobrenatural. Es luz que está arriba y abajo y en el centro. Es luz de fuera y luz de dentro del cuerpo. El cuerpo glorioso es transparente por esa luz y por sí mismo. Todo es hermosísima diafanidad. Todo se ve, y se posee y se goza en la claridad sobrenatural.

9. San Pedro, II, 3, 13, y *Apocalipsis*, 21, 1.

De esa luz decía San Agustín en el texto ya citado: *Allí habrá cierta luz de la cual destila no sé qué cosa, que ahora entendemos y nos alegra*<sup>10</sup>. Y Santo Tomás: *El cielo empíreo tiene una luz no condensada y que emita rayos como el sol, sino más sutil. O que posea la claridad de la gloria, que no se parece a la claridad natural*<sup>11</sup>. Es la luz sobrenatural o la claridad sobrenatural del cielo, y en esa claridad ven y disfrutan todas las bellezas y todos los bienes.

El cielo es claridad. El cielo es la luz purísima, sobrenatural. Santa Teresa, que vio en visión, no en realidad, esa luz escribe: *Quisiera yo poder dar a entender algo de lo menos que entendía y pensando cómo puede ser hallo que es imposible; porque en sólo la diferencia que hay de esta luz que vemos a la luz que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa disgustada*<sup>12</sup>.

La venerable Ana de San Agustín vio que la luz del cielo era el Cordero... *con cuyos rayos ilustraba todos los bienaventurados reverberando en ellos y enlazándolos en el amor con que nos redimió. Es tan grande de la claridad, resplandor y hermosura que todo el cielo tiene, que está como una pieza de cristal... que la diese muy de lleno el sol, que el de justicia la llena de soberana*

10. San Agustín: Sermón 4, 3-4.

11. Santo Tomás: *Suma Teológica*, I, q. 66, a. 3.

12. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 38, 2.

luz, y allí en ninguna manera hay ni puede haber sombra<sup>13</sup>. Esto es la claridad sobrenatural.

Hace resaltar igualmente la luz o claridad en la visión que tuvo del cielo la Hermana María Ángela, que ya transcribí antes, y expresa muy bien esto. Dice: *Vi un infinito que se hallaba en este lugar e igualmente en todas partes; era una luz; pero no era una luz, porque no tenía ninguna relación con la luz que nosotros conocemos, y, sin embargo, la luz es lo que mejor puede dar idea de lo que vi... Este infinito tan próximo a mí era de una luz enteramente diferente de la que llenaba la celda*<sup>14</sup>.

La Hermana Margarita escribía el 12 de octubre de 1923: *Me arrebató mi alma a la misma divinidad; me sentía cercada de una excelente claridad; parecía estar mi alma en el mismo cielo*<sup>15</sup>. *Cercada de una claridad toda extraordinaria se me manifestaba un trono que parecía un incendio cercado de innumerables espíritus angélicos, y dentro las Tres Divinas Personas*<sup>16</sup>. *Estaba esta pobre celda hecha un verdadero cielo. ¡Qué claridad y hermosura!*<sup>17</sup>. Siempre presentan la luz, se ven rodeados de claridad, la hermosura de la claridad.

13. José de Santa Teresa: *Reforma del Carmen*, lib. XVI, cap. XXXIII.

14. *Lirio y Hostia. Vida... de la hermana María Ángela*, cap. 10, prf. I.

15. Hermana Margarita del Espíritu Santo: *Manuscrito*, pág. 49.

16. Id., id., pág. 52.

17. Id., cuaderno 2.º, pág. 8.



208.—¡El cielo! ¡La hermosura! ¡La felicidad! ¡La claridad! ¡La luz! La visión de Dios y de las perfecciones de Dios es el cielo esencial. Dios es la luz y claridad infinita de la Verdad. La Luz de gloria robustece e ilumina el entendimiento y agranda su capacidad de entender para ver a Dios. Es luz espiritual sobrenatural comunicada por Dios. Comunica la felicidad. Con ella es feliz el bienaventurado. En esta luz lo ve, lo conoce y lo posee todo.

El cielo hermosísimo, sobrenatural y dichosa morada de los bienaventurados, está en la claridad y es claridad. Los ángeles ven todas las bellezas de la creación en la claridad sobrenatural y como los ángeles las verán los bienaventurados. Es una luz material, física, sobrenatural, la más cercana a lo espiritual. Es una claridad purísima, sutilísima, invisible al ojo del cuerpo terreno mientras vivimos en esta vida mortal. Es el cielo luz clarísima, diafanidad pura y suavísima para la capacidad de ver del cuerpo glorioso. Es luz que lo ilumina todo sin hacer sombra, que todo lo embellece y llena de amenidad variadísima. Es luz de dentro y de fuera, hace diáfano el cuerpo y lo envuelve en la claridad y tras-pasa los cuerpos. *En tu Luz veremos la luz*<sup>18</sup>; en el Verbo, la Sabiduría del Padre, veremos directamente a Dios; pero en esta luz de Dios veremos presentes

18. Salmo 35, 10.

todas las maravillas de la creación; las veremos, las conoceremos y las disfrutaremos en gozo.

En esta claridad purísima y sobrenatural viven y moran los bienaventurados. En Dios y en esta luz y diafanidad lo ven todo, lo pueden conocer y presenciar todo, lo comunican con todos los dichosos. Esta luz sobrenatural, purísima, lo llena todo, lo ilumina y hace diáfano todo. Dios ha puesto ese maravilloso portento en esta claridad. Pienso que no están los espacios siderales despoblados ni oscuros. Pues no ha de ser el lugar del cielo menor que la inmensidad del universo y supera todas las perfecciones y bellezas como superan los ángeles a los hombres y a los astros.

Los cuerpos gloriosos de los bienaventurados son sumamente hermosos y dichosos. La comunicación o lenguaje de los bienaventurados, como el de los ángeles, es, como ya indiqué, la comunicación directa de la verdad y del pensamiento que se quiere comunicar con sola la dirección de la atención según el deseo de la voluntad; en esta luz y en el más deleitable silencio se oyen y se gustan las dulcísimas armonías y las conversaciones; todo en la mayor compenetración y claridad. Todo es diafanidad purísima. Santa Teresa dice cómo Dios la mostró que en el cielo sin hablar se entienden, lo que yo nunca supe cierto ser así hasta que *el Señor, por su bondad, quiso lo viese y me mostró en*

*un arrobamiento*<sup>19</sup>. Y sólo digo que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo sino la gran hermosura de los cuerpos gloriosos, es grandísima gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo<sup>20</sup>.

209.—¿Cómo podrán estar y vivir los cuerpos en la luz? ¿Cómo gozar de todos los bienes y de la dicha en la claridad? Los inventos maravillosos de las ciencias experimentales actuales nos pueden ayudar a formar una vaga idea, aunque remotísima y analógica.

Hemos visto lo que en los siglos anteriores se hubiera considerado imposible: pasearse un hombre por el espacio y conversar desde la luna con los hombres de la tierra al mismo tiempo que se estaban viendo.

Millones de hombres vieron con admiración cómo ponía su pie en la luna el primero que allí llegó y cómo fijaba la bandera en el suelo lunar. Lo veíamos todos al mismo tiempo. A miles de kilómetros de distancia corrigen la dirección de las astronaves por medio de las ondas. Nos dicen que rayos especiales traspasan el cuerpo del hombre de parte a parte sin sentirlo. Y los átomos o partículas neutrones, traspasan el cuerpo del hombre y la tierra, y la traspasarían aunque fuera un millón de

19. Santa Teresa de Jesús: *Vida*, 27, 10.

20. Id. id.: *Vida*, 28, 3.